



tado hacia el “signo de Jonás”, como modelo hermenéutico, y el kerigma, como contenido básico. Entre ambos, el estupendo equilibrio del carácter *simbólico* de la tempestad, más interior que exterior, más teofánica que física, sin evitar esta última, sirve como lección teológica, casi mística, para el lector creyente.

En todo caso, se percibe también cómo la tempestad, como motivo literario, sirve para reinterpretar el viejo problema del mal en el mundo, que ha interpelado al hombre antiguo y sigue cuestionando al contemporáneo. No es correcta la idea de un Dios colérico, manifestado en una naturaleza hostil, al que hay que calmar con una expiación. Tampoco sirve negar la existencia a un Dios capaz de llevar a cabo tales desastres, como las tempestades. La autora, de fuertes convicciones católicas, como se ve, supone la bondad primaria de la creación y entiende estos fenómenos como lugares adecuados de búsqueda y encuentro de sentido. En esta marejada existencial, el ser humano tiene más cerca a Cristo, quien lo espera en la otra orilla (251).

Aunque considero que el libro es prácticamente perfecto, es preciso hacer notar que la definición que la autora da de “tempête” indica que se trata de grandes tormentas que se dan en el mar. Es correcto. Pero el término también incluye otras que se generan en tierra. El cuadro de Giorgione con este título es ilustrativo al respecto. También hay que notar que en la introducción (12) cita extensamente autores de lengua francesa, alemana e inglesa que han utilizado el tópico de la tempestad, aunque ninguno en otras lenguas, como las españolas. Baste mencionar a Ausias March, Garcilaso, Lope, Quevedo, Duque de Rivas o Bécquer.

En todo caso, estamos ante una obra magnífica como ensayo exegético, que introduce al lector, además, en problemas filosóficos y espirituales, dirigiendo al cristiano al núcleo de su existencia y su fe.

Enrique Mena Salas - Avda Reyes Católicos, 23-25 - E-16003 Cuenca

Francesc RAMIS, *Qué se sabe de... Los profetas* (Qué se sabe de... 4; Verbo Divino, Estella 2010). 263 pp. ISBN: 978-84-9945-134-3. € 15,50

Buen conocedor del libro de Isaías, y tras alguna incursión en el NT, el autor se anima a analizar el fenómeno profético bíblico en su conjunto en esta obra que pretende ser un trabajo académico, espoleado por una preocupación ética. Podemos aceptar desde el principio su propia confesión: “esta forma de adentrarse en el contenido de los libros proféticos es muy importante, pero, evidentemente, no es la única posible” (21).

En un capítulo de formulación comprensible y tono cercano (20-33) presenta esquemáticamente la “historia de la investigación”. Analiza el fenómeno profético bajo el prisma de los distintos puntos de vista que han jalonado el estudio de los profetas.





Fundamentalmente contraponen el punto de vista teológico clásico, que subraya en los profetas el anuncio de Jesús de Nazaret, frente al encuadre sociológico e histórico, fruto de la modernidad. Tras una breve alusión a la relación de la profecía bíblica con otros textos de la cultura mesopotámica, concluye que la tradición bíblica ha conservado los textos de los profetas para “ofrecer a la sociedad israelita un modelo de comportamiento ético y un ejemplo de militancia política” (30). Dichos textos se conservan reunidos bajo el nombre de personajes relevantes de la historia israelita, los profetas, conocedores de la realidad histórica y social de su tiempo, que gozaban de credibilidad moral, y que ofrecieron a todos “un proyecto de vida capaz de trenzar la sociedad sobre el telar de la paz y la justicia” (31). Manteniendo constante este enfoque, en los siguientes capítulos pasa revista a los profetas “posteriores” (incluyendo a Daniel), a quienes dedica la mayor parte del trabajo, y a las figuras proféticamente relevantes que aparecen en los libros denominados “profetas anteriores”. Al final de la obra el autor añade unos capítulos muy personales y sugestivos: sobre la hondura metafórica del matrimonio de Oseas y sobre el papel silenciado de las profetisas. El capítulo final abre al lector a considerar posibles puntos de reflexión posterior.

Me gustaría comenzar señalando que el autor se muestra como un buen narrador, capaz de acuñar frases certeras e impresionantes, aunque ligeramente barrocas (“La voz de los profetas enderezó con la azada de los pobres el cauce de la reforma (de Josías) por la quebrada de la justicia”: 88). Pero su mayor mérito, en mi opinión, es que se revela como un magnífico conocedor de la historia del pueblo de Israel. Ciertamente coloca magistralmente a cada una de las figuras proféticas en su momento histórico, narrado con agilidad en lo esencial. Supongo que por hacer más amena la lectura, y para mantenerse fiel a su enfoque básico, se siente obligado a determinadas conjeturas interpretativas de la historia, posiblemente legítimas y que él mismo confiesa, tal vez, en exceso (3 veces la “conjetura” en cinco párrafos –229-230–, y varias frases como “cabe suponer” –119.127–, “de ahí que podamos intuir” –120–, “sin abandonar el horizonte de la conjetura” –58–, “no obstante, vale la pena ensayar otra interpretación” –229–, etc.).

He descubierto muy pocas erratas, todas fácilmente corregibles. Pueden causar una cierta confusión en la lectura dos de ellas, si no soy yo el equivocado: en la página 33, segundo párrafo, se mencionan “los más relevantes de los posteriores”, cuando creo que pretendía decir “de los anteriores”; en p. 246 la “sombra” del nihilismo se ha convertido en “sobra del nihilismo”. He encontrado solamente otras dos (44 y 244) verdaderamente mínimas.

Siempre me ha parecido esencial y muy justa la insistencia en la predicación profética sobre la justicia, porque, a mi entender, nace necesariamente de la fe que animaba a los profetas y de su escucha de la Palabra de Dios. Dicho en otras palabras, porque tenían el don de contemplar la realidad histórica y social con la óptica del Dios de la Alianza y la justicia es parte esencial de ella. Pero convertirla en el único aspecto digno de ser tenido en cuenta y sin mencionar la fuente de su compromiso, me parece realmente excesivo y desenfocado, al tiempo que no explica la especificidad del profetismo bíblico. Con este enfoque de base se relegan o se exclu-





yen ciertos textos esenciales, tal vez porque suenan como demasiado ‘religiosos’. No se citan las abundantísimas fórmulas de “recepción de la Palabra”, que abren y cierran el mensaje, ni he descubierto una mínima mención de la figura profética del Siervo, que el autor conoce bien. Muy llamativa me resulta también la ausencia de cualquier mención a los relatos de vocación profética (o a sus crisis, como las ‘confesiones’ de Jeremías), cuando es probablemente una característica esencial del profetismo: en el AT sacerdote se nace, al rey se le unge; pero el profeta es llamado o convocado. Por decirlo en otra clave, los profetas resultan en esta obra personajes secularizados, sin relación alguna con la Palabra de Dios (ni con su Espíritu) que ha movido sus vidas. Con este enfoque resulta coherente que las figuras modernas más parecidas a los “profetas” sean fundamentalmente “secularizadas”, entre las que predomina la figura entrañable de Jolly Williams. Cada uno podrá añadir las que más le gusten. Yo he pensado en Gandhi, en Luther King o en Arrupe, en Romero y hasta en Ellacuría. Ellos también casan bien con la identidad que ofrece Nietzsche del cristianismo (246), aunque prefiero ver dicha identidad encarnada en sus vidas, más que en el filósofo. Sí, ser profeta es una forma de vida, pero que nace de una “forma de pensar” o, mejor aún, de una experiencia personal previa profunda y trascendente. La denuncia de los profetas expresa, en primer lugar, que la injusticia afecta a Dios, rompe su plan, al tiempo que oprime y destruye al hombre, al hermano.

Por otra parte, la presentación de la vida y el mensaje de cada profeta exclusivamente desde la coherencia de su compromiso social deja fuera aspectos importantes, como la presentación de sus vidas y de sus mensajes desde Dios o el fracaso sonoro que obtuvieron en la mayoría de los casos. A la tradición judía interesó por alguna razón el trágico final de los profetas. Creo que la coherencia de vida y la credibilidad ganada, no explican en absoluto una figura profética relevante, como es la del Siervo del Señor, que ni pregona un comportamiento ético, ni es ejemplo de militancia política. Sin duda, el mensaje de los profetas implica necesariamente su propia vida, cada vez con mayor profundidad: uno se siente arrancado de sus propiedades (Amós), otro se vuelve a casar con la repudiada (Oseas) o impone a los hijos unos nombres que explican su mensaje (Isaías), otro acepta el sinsentido del celibato, se pasa la vida en la cárcel y va a Egipto a donde no deben volver los judíos (Jeremías), etc. Pero esa implicación vital, por desgracia, no confiere credibilidad a su palabra, que siempre se mantiene inerte y débil. Las grandes figuras proféticas anunciaron un mensaje que, para sus seguidores, para quienes conservaron la memoria de sus figuras, tenía mucho de paradójico y era difícilmente aceptable: Amós no podía ser escuchado en el extranjero; Oseas había contravenido públicamente la ley de Dios, haciéndole difícil hablar en su nombre; Isaías pretendía que el rey confiara en Dios, sin hacer nada; Jeremías exigía que el pueblo, que había nacido para la libertad, se sometiera al yugo de Nabucodonosor, dando toda la sensación de ser un vendido a las tropas asaltantes. En fin, que a los profetas les costó –en su propia vida– el mensaje que tenían que anunciar. Se enemistaron con los hombres y, en algún caso, litigaron con Dios. Todos tuvieron su Getsemaní y su Calvario. Ciertamente su escucha de la Palabra comprometió su vida. En esto, seguramente estamos de acuerdo con el autor.





Pero no disfrutaron de mucha credibilidad, especialmente ante los oficialmente piosos y creyentes. La implicación de su propia vida en el mensaje que anunciaron llega a ser llamativa; en la mayoría de los casos, importa poco el mensaje textual. Al final, lo verdaderamente importante es la figura misma del profeta. El mensaje que transmitieron pudo ser importante para la sociedad y el tiempo en el que vivieron. Pero era distinto según las circunstancias de tiempos y lugares. Lo que queda, para quienes conservaron sus palabras y sus gestos, es que Dios había hablado a su pueblo a través de esas figuras geniales. El Siervo del Señor es un ejemplo paradigmático de profeta sin mensaje oral que transmitir, pero con una vida que entregar. Algo así se recoge en el NT, en el que el centro del anuncio no es tanto el mensaje social o moral de Jesús, cuanto su propia persona, su muerte y resurrección.

En algunos casos, un lector que no conozca bien la Biblia puede tener alguna dificultad para seguir el hilo del razonamiento, pues para establecer una hipótesis de lectura del texto de un personaje, busca ayuda en otras figuras cuya historia comenta; a veces, se produce un cierto despiste sobre quién es el objeto de la explicación en un momento determinado. Sólo para explicar la figura de Débora, menciona a Aarón, Otniel, José, el hijo de Jacob, la historia de Coré, Datán y Abirón (así explica la función del suelo como arma de Dios), Elías (el apelativo “padre de Israel” sirve para subrayar la expresión “madre de Israel”, para afirmar finalmente que “la figura de Débora evoca, en buena medida, el compromiso de Elías y Eliseo: 215); al exponer la figura de la profetisa, esposa de Isaías, volvemos a encontrar a María, la hermana de Moisés, y a Débora; para Noadía recurre a Rut, a quien dedica 8 páginas. “Tal vez sea demasiado conjetural...”; sí, tal vez lo sea.

En toda obra se pueden discutir detalles interpretativos y he anotado unos cuantos, pero no es cuestión de entrar en ellos porque, al final, tampoco tengo ninguna solución segura. Reconozco que me ha desilusionado un poco que todo el vigor desplegado en las figuras centrales, hablando de justicia, se diluya al final en la búsqueda de la identidad del pueblo. Es verdad que la etapa final de la profecía baja de intensidad social y el naciente judaísmo empuja en esa dirección, aunque dudo que el tema de la identidad sea el único problema que tocan. El del mesianismo no es pequeño.

Creo, en fin, que el autor subraya bien la pluralidad del mensaje profético. Ciertamente el mensaje de los profetas tiene contenido variado y no siempre repetitivo. Además del fenómeno de la falsa profecía, que subraya la necesidad del discernimiento creyente en cada momento, me preocupa el hecho de que los profetas verdaderos han producido afirmaciones que suenan al pie de la letra contrarias entre ellos, porque han sido pronunciadas en otro tiempo y/o lugar. Como bien dice el autor, la implicación de la vida permite a un profeta pronunciar un determinado mensaje. Si, según Isaías, en el s. VIII la fe exigía no tener miedo (“vigilancia y calma”), en el mismo lugar pero un siglo y medio más tarde, la fe exige, según Jeremías, someterse al invasor; Oseas echa la culpa a Judá de la guerra siro-efraimita (como buen ciudadano de Israel), mientras que Miqueas e Isaías (ciudadanos de Judá) critican a Israel.

Para concluir, y sin referencia directa al libro objeto de este comentario, un tema que me preocupa: la relación entre ‘persona’ y ‘libro’ en el ámbito profético. Lo que hace





de la religión bíblica (judaísmo, cristianismo) una religión profética no son sólo, ni fundamentalmente, unas figuras geniales –que sin gran éxito han anunciado al pueblo creyente desde el s. X a.C. (creo que la relación del profetismo con la monarquía no es casual) que para la fe es esencial la salvaguarda de la justicia–, sino la existencia de los libros que se han escrito y conservado bajo sus nombres. Estos libros invitan a la comunidad a mantener viva la fidelidad a la alianza en la búsqueda de una relación de justicia en su propia historia, que tendrá detalles diferentes en los distintos tiempos y lugares. Claro que sin esas personas que causaron impresión en su tiempo, no existirían los libros que llevan su nombre. Pero lo que aclamamos como “palabra de Dios”, como revelación inspirada, curiosamente no es lo que dijo Jeremías, sino lo que proclamamos de su libro. La fe conserva estos libros como revelación propia del Dios de la Alianza, inspirados por el Espíritu que invita a los creyentes al discernimiento sobre su compromiso con los pobres y marginados. Ser profeta hoy en día es tarea de la comunidad, del Cuerpo de Cristo. Ojalá no nos falten en nuestros tiempos esas personas que, movidas por el Espíritu y atentas a la historia, vivida desde Dios, nos inciten y nos ayuden en la misión que nos ha sido encomendada “hasta que vuelva”.

José M^a Ábrego de Lacy – Pontificio Istituto Biblico – Via della Pilotta 25 – I-00187 Roma

Enzo CORTESE, *Il tempo della fine*. Messianismo ed escatologia nel messaggio profetico (Studium Biblicum Franciscanum Analecta 76; Edizioni Terra Santa, Milano 2010). 244 pp. ISBN: 978-88-6240-095-4. € 22,50

La Facoltà di Scienze Bibliche e Archeologia della Pontificia Università Antoniana (Studium Biblicum Franciscanum di Gerusalemme) ha voluto rendere omaggio al prof. Enzo Cortese in occasione dei suoi 75 anni, raccogliendo in questa pubblicazione una serie di studi sul profetismo apparsi nel corso di vari decenni.

La raccolta è preceduta da una breve prefazione gratulatoria di Gian Claudio Bottini, Decano della Facoltà gerosolimitana e –anche questa curata da Bottini– dalla bibliografía completa di Enzo Cortese, che tra libri, articoli e recensioni comprende 137 titoli.

È lo stesso Cortese ad introdurre la raccolta, con un breve saggio che ha lo scopo di esplicitare i punti salienti delle proprie ricerche sul profetismo biblico, quale filo conduttore degli studi qui ristampati: caratteristiche profetiche e formazione dei relativi libri; punti centrali del messaggio dei profeti preesilici; messaggio dei profeti postesilici. Una particolare attenzione, come rivela il sottotitolo è stata data dall'autore alle questioni dell'escatologia e del messianismo, che costituiscono il fil rouge della raccolta.

